

**JUAN CARLOS ABRIL**, *EL HABITANTE DE SU PALABRA. LA POESÍA DE JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD (1952-2015)*, MADRID, VISOR LIBROS, 2018, 459 pp.

PEDRO MÁRMOL ÁVILA

Universidad Autónoma de Madrid - Université de Genève

Aunque no ausente de los manuales más recientes y actualizados de historia de la literatura española, ni tampoco de investigaciones monográficas, lo cierto es que la obra de José Manuel Caballero Bonald, por su inagotable riqueza, siempre está abierta a renovadas lecturas. Esto lo demuestra el reciente volumen a cargo de Juan Carlos Abril, que viene a conformar un culmen de su trabajo durante años dedicado a la figura del jerezano, con el cual se han dilucidado aspectos fundamentales sobre todo de su poesía. El primer colofón en esta relación, y uno de los esenciales, es el que viene marcado por la tesis doctoral de Abril, defendida en 2008, bajo la dirección de Luis García Montero: «Poesía en la escritura. José Manuel Caballero Bonald, habitante de su palabra». Ya en ella se aprecia el tono académico y a la vez poético de un estudioso habituado a

moverse por la orilla de la creación, como lo demuestran sus varios poemarios; uno de ellos galardonado con un accésit del Premio Adonáis (2000): *El laberinto azul* (2001).

El ensayo, que conserva el tono consignado, acoge una entrada incisiva y precisa en la expresión poética de José Manuel Caballero Bonald. Esa noción de «habitante de su palabra» supone una declaración de intenciones ya desde el mismo título. Se trata de explorar el lenguaje del escritor en el plano concreto de su poesía, para bucear en sus fundamentos y trazar así una visión de conjunto; tarea difícil, habida cuenta de la dilatada trayectoria de Caballero Bonald. Adscrito a la segunda generación de posguerra —llamada generación del 50, de medio siglo, de los niños de la guerra, etc.—, toda su obra poética se da cita en el libro: desde *Las adivinacio-*

nes (1952) hasta *Desaprendizajes* (2015), «un poemario absolutamente deslumbrante y tal vez definitivo» (p. 17). Entre uno y otro median nada más y nada menos que seis décadas, con las consiguientes modulaciones de una poesía primero de búsqueda de la voz propia que cedería el testigo a la vertiente contestataria y comprometida — *Pliegos de cordel* (1963) — y que, pasado el tiempo, se hará cerrada sobre sí misma y abundante en filigranas, barroca — *Descrédito del héroe* (1977) o *Laberinto de Fortuna* (1984) —, hasta desembocar en los últimos hitos — desde *Diario de Argónida* (1997) hasta el mencionado *Desaprendizajes* —, frutos de una madurez donde se plantean con aires renovados viejos planteamientos estéticos y se exploran otros nuevos. Se amplían, con ello, los horizontes de la tesis doctoral, por motivos cronológicos ajena a los últimos libros de poemas.

Juan Carlos Abril se decanta por una organización en doce capítulos, que se componen de distintas secciones: desde las tres del iv hasta las seis del ix, con otros que no tienen ninguna (así el x, el xi y el xii). La docena de capítulos se acompaña de una «Introducción» y una «Bibliografía selecta». La «Introducción» representa un exacto arranque: desgrana las claves vitales y literarias del autor y evidencia su coherencia como poeta, caracterizado en su estilo inconfundible. Son apenas nueve páginas las que cumplen con esta función inicial, y hasta sirven para el menos familiarizado con el escritor. En ellas comienzan a aflorar lo que será una constante: las citas a trabajos previos. Efectivamente,

uno de los problemas principales a los que se enfrenta el ensayo radica no solo en innovar en torno a un autor objeto de estudios significativos, aunque muchas veces parciales, sino en hacerlo en permanente diálogo crítico con lo que se ha expuesto antes. De ahí la relevancia de ese apartado final: «Bibliografía selecta». En él, como cabía esperar, se encuentran los trabajos más autorizados a propósito de Caballero Bonald y su poesía y otros de índole general donde se le dedica algún comentario, más o menos por extenso. Conviene, dicho lo cual, pasar por cada capítulo, cuyos títulos responden a los doce poemarios del autor en cuestión.

«I. *Las adivinaciones*». Lo principal aquí es delimitar los comienzos poéticos de Caballero Bonald, en las coordenadas de su propia biografía y del contexto. La «metafísica de la existencia» funcionará como pauta de comprensión en un principio y la metapoesía copará por sí sola una sección. Con la metapoesía adivinamos la figura de un escritor especialmente implicado con su labor de creación y profuso en las reflexiones sobre ella, que le hacen valorar de un modo destacado este conjunto: «En general advertimos que los poemas que sobrevivirán a las siguientes ediciones de *Las adivinaciones*, serán aquellos que posean un sesgo metapoético y unas preocupaciones claras por la propia palabra poética» (p. 43). Ello obedece a que el poemario «irá puliéndose poco a poco con los años y las décadas» (p. 43).

«II. *Memorias de poco tiempo*». Publicado solo dos años después de *Las adivi-*

naciones, en 1954, el poemario jalona una búsqueda todavía incipiente y abierta a una progresiva maduración, si bien ya tendrá lugar con este libro la «consolidación de la voz» (p. 61). Este y el anterior articulan un *continuum*: «Tanto en *Las adivinaciones* (1952) como en *Memorias de poco tiempo* (1954) existen textos intercambiables y, en conjunto, conformarían un primer ciclo que hemos denominado “de *Las adivinaciones*”» (p. 61). La identidad y la memoria integran los dos ingredientes básicos del poemario y el sintagma «el habitante de la palabra», extractado del título de uno de sus poemas, se erige en clave del libro, como lo será de la poética bonaldiana en bloque. Da, de hecho, título a la presente monografía.

«III. *Anteo*». Solo está conformado por cuatro poemas, de extensión notable, que se suceden en una obra que ha de estudiarse como «un lugar aparte» (p. 103) y que se publicó en 1956. La amalgama cultural capitaliza el poemario, con una fuerte impronta del flamenco, también visible en otros libros, en el cual Caballero Bonald se consagrará como prestigioso especialista. En concreto, en *Anteo* «Los títulos de las cuatro composiciones [...] representan los tres estilos “primitivos” del flamenco, atendiendo al propio autor: seguiriya, toná y saeta, esta última considerada un tipo especial de toná» (p. 123). A la tríada se sumará el martinete, «un cante asociado al mundo del trabajo, y muy en concreto dentro del mundo laboral, a la atmósfera de las fraguas» (p. 136). Abril se centra en las implicaciones de estas elecciones ge-

néricas y sus resonancias en el estilo y los temas.

«IV. *Las horas muertas*». Merecedor del Premio Boscán en 1958, y publicado al año siguiente, *Las horas muertas* sitúan a Caballero Bonald en la conocida dicotomía entre poesía del conocimiento y de la comunicación, fundamental para el medio siglo literario, como de inmediato advierte Juan Carlos Abril. Se identificará con el primer polo aunque «sin renunciar al eventual entendimiento comunicativo» (p. 155). Nuevas meditaciones sobre la palabra poética atraviesan el poemario y originan una interesante reflexión en el ensayo sobre el *logos* clásico en su trasvase a la poética personal de Caballero Bonald, abriendo así una tradición intelectual fecunda en Occidente, particularmente en lo tocante a la filosofía.

«V. *Pliegos de cordel*». Este poemario germinó en circunstancias inusuales, que obligan a Juan Carlos Abril a referir cuestiones biográficas imprescindibles. Publicado en 1963, el texto se vio influido por el traslado de Caballero Bonald a Colombia, donde impartió clases de literatura y cultura españolas. Y no siempre se ha ponderado este motivo: «La importancia de esta estancia se está revisando por la crítica» (p. 185). El mismo poeta ha reconocido «que vio en este periodo cómo se cerraba definitivamente su juventud y se abría la madurez» (p. 185). Colombia se presenta clave en la orientación hacia un «realismo singular» (p. 194) en el poemario, que estudia Abril en comparación con Antonio Machado bajo el hito de la visita

a su tumba, que realizó Caballero Bonald en febrero de 1959 junto con compañeros generacionales (Gil de Biedma, Barral, Marsé, etc.).

«VI. *Descrédito del héroe*». Con un importante trecho de por medio desde el anterior, el sexto poemario salió a la calle en 1977. Abril aprecia en este la madurez del poeta, afianzada lentamente desde sus probaturas juveniles. Se alcanza «la madurez del verso y de la prosa» (p. 217) y se aprehende la realidad como «poliedro» (p. 225), que se traduce en «el laberinto como procedimiento» (p. 241) en la construcción poemática, cuajada toda ella de abundantes elementos culturales que trascienden tiempos y pensamientos individuales.

«VII. *Laberinto de Fortuna*». La publicación de *Laberinto de Fortuna* (1984), título con claras reminiscencias de Juan de Mena, otorgó a Caballero Bonald el reconocimiento mayoritario de la crítica. La constatación le vale a Juan Carlos Abril para inaugurar un capítulo que esclarece los pormenores de un libro genuinamente barroco y fundado en el hastío del poeta por aquel entonces, que lo conecta con una veta literaria que se extiende desde la Antigüedad clásica hasta Baudelaire, con otros hitos en el camino. La melancolía sobresale como rasgo básico del poemario, donde «el sujeto escindido [funciona] como sistema» (p. 286) y Argónida desempeña un papel central, cuyo mundo mítico «ya había emergido vigorosamente en *Descrédito del héroe*, con su espacio paralelo en *Ágata ojo de gato*, y será la constante — la referencia — más visible del Caballero

Bonald maduro» (p. 302). Argónida es el lugar predilecto de Caballero Bonald, según sostiene Abril: «... se ha convertido a estas alturas en la recreación explícita de ese cruce entre realidad y ficción, entre Historia y Mito...» (p. 303).

«VIII. *Diario de Argónida*». El espacio de Argónida se vuelve tan consistente que logra dar título al siguiente poemario, de 1997. En él se plantea «una depuración tendente hacia la naturalidad [...] alrededor de las obsesiones de siempre» (p. 309), con lo cual Abril establece el sentido específico del texto en el mapa de la literatura bonaldiana. La relación con el género diarístico, el paso del tiempo, la metapoesía y los mecanismos ficcionales encarnan las preocupaciones aquí.

«IX. *Manual de infractores*». Publicado en 2005, el libro saca a la luz nuevas indagaciones escriturales de Caballero Bonald, una vez abandonados los demás géneros en que se prodigaba: reseña periodística, novela, etc. Abril acota la insumisión como constante del poemario, apreciable con toda diafanidad en el poema «Bienaventurados los insumisos». La presencia de la tradición o su ruptura, la rebeldía en la poesía, el mito como conexión de vida y poesía, un peculiar tratamiento de los sentimientos y la fuerza de la sombra como tema son los ejes del capítulo.

«X. *La noche no tiene paredes*». El primero de los tres últimos capítulos se encarga del poemario aparecido en 2009, donde la noche aglutina el mayor interés:

sus raíces, su sentido, su evolución, etc. Se convierte en el principal elemento de un libro donde el tema principal no es la identidad, aunque lo pudiera parecer, sino el tiempo, con lo cual Abril discrepa de otras direcciones de la crítica. Caballero Bonald replantea temas de su juventud y los transforma merced a su incursión en un texto de plena madurez.

«xi. *Entreguerras* o *De la naturaleza de las cosas*». Juan Carlos Abril aduce que el poemario «tuvo pretensión de ser el último libro de poesía de José Manuel Caballero Bonald» (p. 397), quien lo escribió al borde de los 85 años y con un registro singular. Se trata de una especie de testamento, como apostilla Abril, que se compone de un solo poema de unos 3000 versos, vertebrados en «una estructura versicular sin signos gramaticales de puntuación», donde «Solo aparecen algunos paréntesis, casi siempre señalando deícticos, y signos de interrogación y exclamación» (p. 398). De igual forma, «se comienza sin mayúsculas, como dándonos a entender que la fragmentación forma parte de un discurso más amplio en el que se inserta lo escrito, el todo» (p. 398). En especial, esta última cita evidencia la visión de Abril en torno al poemario: parte de un todo, que es la vida, y parte de otro, que es la escritura. En ambas corrientes se presenta en continuidad, sin ruptura, el amasijo de palabras.

«xii. *Desaprendizajes*». Contra todo pronóstico, Caballero Bonald llevó a las prensas un poemario más (2015), que «nos recuerda el tono y la dicción de *Laberinto de Fortuna*» (p. 413). En palabras de Juan Carlos Abril, si es de rigor pensar en un «ciclo de Argónida» y en un «ciclo del infractor», «*Desaprendizajes* participaría de ambos, no se sabe bien si como punto y final de toda una vida o como cierre cíclico de su madurez» (p. 413). De nuevo, hay visos de que sea el último poemario de Caballero Bonald, aunque esto solo lo dirá el tiempo. *Desaprendizajes* sugiere el final de un camino, encerrado en poemas concretos nítidos en este sentido, como recalca Juan Carlos Abril. Valga como muestra «Que trata de los sedentarios».

Tras el análisis de los doce títulos, y en particular tras la mención de este último poema, que cita, Juan Carlos Abril acaba con un sucinto «Para qué repetirlo. Con esto concluimos» (p. 425). Y es que no hace falta nada más: todo se clausura, la voz del poema, la del poeta y la del ensayista. Nos queda un trazado dinámico y profundo derivado de la lectura atenta de los textos y su inserción en los fenómenos históricos y literarios necesarios para alumbrar el itinerario poético de José Manuel Caballero Bonald. La monografía alcanza su cometido con solvencia.